

Si el amor es una virtud, es la virtud hermana de las grandes virtudes:

¡La Fé y la Esperanza!

Antonio esperó, pues, y creyó .....

Y en los momentos en que al repique entusiasta de las campanas de la Catedral, penetraban en México los veinticinco ó treinta mil republicanos triunfantes, Antonio, presa de una agitacion intensa y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazon, clamaba, aparte é infundiéndose solo valor:

— ¡Adelante..... adelante!.....

CAPITULO X.

“TRANSVERBERACION.”

LI.

Antonio recordó todos los poemas mas bellos de los amores mas desgraciados.

Pensó en todos los prodigiosos resultados de la fuerza de voluntad:

En todos los heróicos esfuerzos del corazon.

Antonio sintió agitarse el suyo bajo el impulso del mas sublime entusiasmo:

El entusiasmo del sentimiento.

No sabia cómo llamar á Werther, si un loco ó un santo.

Se replegó de nuevo hácia la idealidad y el amor, divorciándose otra vez de la sociedad.

Hizo la abstraccion mas difícil, pero la mas sagrada. La que ni la moral, ni la sociedad ni la religion autorizan; pero que la autoriza el corazon, y esto basta para las ansiosas exigencias del amante.

Pensó únicamente en estas dos palabras, que son el sublime dístico, el origen, el germen de la creacion:

—*Ella y yo.*

*Lo demas*, en aquellos momentos, era para Antonio un accidente, una cosa secundaria, una cuestion de forma.

*Ella y yo* son el *in principio* bíblico, son la naturaleza de las cosas, son el fundamento y origen de todas las personas, de todas las cosas, de todas las acciones.

¿Qué sería de la vida moral y material sin la existencia previa, sin el antecedente indispensable, sin la condicion *sine qua non* del *todo*, que en el lenguaje de los hombres se formula con las palabras *ella y yo*?

Pronunciarlas comprendiéndolas, apercibiéndose de su verdadera significacion, su sentido mas real y positivo, es emitir en un concepto breve, abstracto, divino, el nombre de la primera ley, la denominacion de la naturaleza de todas las cosas, el punto de partida de todas las cosas de la naturaleza.

La noche sabe tejer velos de decoro para encerrar en un retrete de sombras los amores del bosque.

No sé qué confidencias amorosas y llenas á la vez de fuego y de frescura, conducen prendidas en sus alas invisibles, los céfiros que vuelan de una en otra flor, en medio de esos dormitorios nupciales que llamamos jardines.

En el principio de los tiempos, el alma y el cuerpo contrajeron el primer *ella y yo*, el primer matrimonio, las primeras nupcias, y fué el hombre:

El hombre, sér fecundo, creador y autor en nombre de Jehovah mismo, de todas las cosas.

¿Qué quiere decir esa primer mirada indescriptible é indefinible, de ese hombre y esa mujer que pasan por la vida, se encuentran y se ven?.....

El sol, esa rosa de oro del cielo, brota cada dia á efundir,

en raudales de fuego, el fecundante *pólen* que cae sobre el seno ardiente de la tierra.

Ved el árbol que se enlaza con el árbol, entre crugidos, estremecimientos y sollozos como de amor!

El viento á su lado suspirando frases que nadie comprende y que todos pretenden traducir.

El viento los inclina unos á otros, suspirando no sé qué raros conceptos ni qué extraños rumores:

Cae una lluvia de hojas secas, las ramas se entretejen amorosamente.....

No parece sino que el viento ha gritado en el bosque un *amaos los unos á los otros*.....

La luna sale á revestir de perlas y crespones á la novia naturaleza, siempre vírgen, siempre fecunda y siempre madre; y los céfiros, conductores eternos del *crescite et multiplicamini* del Jehovah en el Paraíso, recorren el mundo difundiendo por todas partes secretos amorosos, frases acariciadoras, embriagadores aromas.....

Y ¡Ovidio ha escrito el arte de amar!.....

Si sus contemporáneos hubiesen sido los contemporáneos de *Voltaire*, el autor de las *Metamorfosis* hubiera muerto en una hoguera.

El arte de amar no tiene otro autor que el autor del amor.

El amor es una rosa que ha brotado por la vez primera en el verjel de los verjeles.

El arte de amar se inventó en el Paraíso.

Dios *escribió* allí el primero, mejor dicho, el único tratado que existirá de ese arte divino, hasta la consumacion de los siglos.

La sociedad combate el amor, por mas que de él proceda.

La sociedad, ese tropel de dementes, ese embrollo de *mythos*, esa grotesca mitología, caída de no sé qué *cielo* de verdades,

ó no sé qué olimpo de quimeras; la sociedad, que á todo impone bases reglamentarias, y todo lo numera, y todo lo calcula; la sociedad es el único autor que ha pretendido siempre constituirse en un resuelto antagonista, y rebatir con todas sus fuerzas aquel código divino que se llama *arte de amar*.

El canónigo Fulbert, escribiendo en la frente de Abelardo una esquila mortuoria, pudiera representar bien á los partidarios del aislamiento.

Pudiera ser considerado como una simonimia del reglamento social de los amores, y del tenebroso é infame impulso de los amóridos.

En el principio dijo el Gran Sacerdote del amor, las palabras:

*Credet et multiplicabos.....*

Mas tardé ha dicho:

«Amaos los unos á los otros, &c.»

Los hombres, la sociedad, inmediatamente se han encargado de comentar las palabras divinas, y asiendo ya el *stylum* ó ya la pluma, han procedido inmediatamente á escribir:

*El matrimonio es un contrato..... &c.*

Y los demonios de las sombras, de las tinieblas y de la soledad, han aplaudido frenéticos, desde sus antros infernales; estas tendencias del hombre á no serlo, esta organizacion civil de una ley natural, este cúmulo de restricciones que la sociedad se dispara sola suicidándose.

### LII.

Don Martin venia á México, formando ya parte de un grupo de héroes, de un núcleo de luz, de una cohorte de progresistas que se acercaban, nuevos Mesías, á redimir á México de la servidumbre del pasado.

Antonio debía esperar lógicamente, que el padre de Piedad hubiese sido tocado de un rayo de la gracia republicana.

Podia suponerle partícipe del fuego santo de la idea.

Accesible á un principio como á un hombre.

Abordable á todo, menos á nada.

No desconfiaba, en fin, de la aquiescencia de D. Martin, en virtud de los antecedentes que de él tenia y de las *virtualidades* á que el enamorado jóven se aventuraba, fundadas siempre en aquellos.

Se hacia, en fin, *todas las ilusiones* que se hubiera hecho cualquiera otro hombre puesto en su lugar, y que contase á la sazón con todos los datos y elementos con que contaba Antonio.

Temia, pues, la llegada de D. Martin de tal manera, que si hubiera sido un tanto filósofo, debía, en virtud de tantos temores, no llegar á temer cosa alguna.

Pero empezó á experimentar las alternativas é intermitencias de su carácter trunco, poco formado, verdaderamente irresoluto y desconfiado.

Al menos, en ellas daba lugar al trascurso del tiempo, y con el trascurso del tiempo á la elaboracion lenta, pero eficaz, de la mejor prueba que un amante puede dar de su amor.

Y si aquel hombre llegaba con la mente poblada de proyectos de porvenir, y habiendo ya de antemano prevenido y dispuesto del de su hija!

¡Oh! entonces.....

Entonces..... bajo tan negra y siniestra suposicion, Antonio se sentia repentinamente rodeado por todas partes de ese sombrío crepúsculo de la duda.

Se perdía en las variadas é infinitas sinuosidades del proyecto.

Improvisaba, en fin, los mas absurdos programas para lo

futuro, y extraviado en las mil curvas de su imaginacion exaltada, loca, enferma, creia que al fin de aquel enmarañado laberinto de difíciles lucubraciones, hallaria á Piedad pura, rosada, bella y tierna como el primer destello de la primer alborada, al trasponerse una noche prolongada, borrascosa y negra.

Piedad, por su parte, nada creia, pero esperaba.

Al través del indescifrable carácter de su amante, la jóven no podia menos de ver la honda huella de algo mas que una ilusion, y que revelaba un sentimiento verdadero, constante, en Antonio.

Esto bastaba.

«Del corazon brota todo» — decia la jóven, no pudiendo ni remotamente suponer que la sociedad aglomera obstáculos sin cuento entre dos personas que tienden á unirse.

Dificultades y obstáculos á que el corazon, si se quiere, no puede sobreponerse.

Verdad es que veia con calma hácia adelante, sin exagerarse nunca las aspiraciones para su vida futura, y sin soñar su felicidad conyugal perdida entre quiméricos verjeles.

Miraba Piedad las cosas como son.

Antonio las miraba alumbradas siempre, alumbradas con el fuego eternamente encendido y abrasador de su fantasía.

Su expectacion al porvenir la hacia al través de una diafanidad prismática, y así veia todos los objetos multiplicados y rodeados del iris aparente de la *descomposicion*.

No podia hacer sus reflexiones en voz alta.

Devoraba á solas sus temores sin hacer partícipe de ellos á Piedad.

¿Con qué derecho?

Si la jóven le hubiera correspondido, si le hubiera dicho ya que le amaba, ambos hubieran podido resolver esta cuestion, y llena de interes para dos personas que se aman:

¿Les prestaria «aquel señor» la indispensable aquiescencia para amarse, y no se opondria á que se uniesen?

Porque ya lo hemos dicho: nada haria ni llevaria á cabo Piedad sin aquella condicion.

Pero ni aun esto podia decirlo Antonio.

Se habia declarado, es cierto, con mucha anterioridad.

Se manifestaba á la sazón enamorado, vehemente y alusivo.

Pero no pasaba de ser alusivo, y esto no era suficiente.

Era preciso, pues, que Antonio *instara*, y que instara de un modo serio y eficaz.

Antonio no se resolvía á hacerlo.

Sufrían ambos en silencio por no explicarse.

Al través de simples indicaciones y de mil arranques vagos por mas que fuesen expresivos, no podia ciertamente llegarse al terreno de exactitud y claridad en que ambos debian colocarse, porque ya era tiempo.

Antonio aventuraba en prolongadas, difíciles y casi incomprendibles conversaciones, mil conceptos intencionales, mil frases henchidas de significacion.

Pero no daba un paso mas.

Ella solia colocar entre sus negros cabellos, botoncillos de rosa blanca y pequeños «bouquet» de violetas y madreselvas, ó iba á sentarse al piano á repetir:

«¿Quién eres tú, vision idolatrada,  
Ideal hermoso de mi amor ardiente? &c.»

Lo cual no es mas que una cancion.

Y las canciones, en ciertas circunstancias, pueden significar mucho.

Pero tambien pueden no significar nada.

Jamás llegó á comprender Antonio si podia referirse á él aquel *Ideal* que pronunciaba la jóven cantando;

Pero sí no le cupo ni la menor duda de que estaba representando allí el papel de *vision*.

Y no pudo pasar por entonces de tal categoría.....

## LIII.

La salita estaba tapizada con un papel *color de plomo* adornado con rosas y cintas blancas.

La pintura del cielo remedaba algunos caprichosos relieves de regular gusto, ostentando falsas luces y falsas sombras en imposible combinacion con la luz que penetraba por ambos balcones de la sala.

Esta no estaba amueblada y *puesta* con elegancia, pero no carecia de gusto.

Los muebles, de imitacion de *rosa*, tendian á parodiar en lo posible el estilo Luis XV, y el piano era un regular *Erard*, premiado en no sé qué exposicion.

Sobre la *mesa-estorbo*, llena de juguetes de porcelana, caprichosas conchas y pequeños bronce de un gusto enteramente florentino, habia un gran *quinqué* con su bomba de cristal-nube, perfectamente apagado.

Era el que se llevaba al piano cuando la jóven tenia que cantar ó tocar algo *por papel*.

Colocada la luz á la izquierda del piano, Antonio quedaba á la derecha, y el perfil de la muchacha aparecia en medio, dibujado con una línea irreprochable.

Piedad tenia sembrado con profusion ese *vello* finísimo y casi impalpable, tan peculiar á las naturalezas ardientes, y colocada contra la luz la cara de aquella muchacha, el *vello* ó finísimo *duvet*, como lo llaman los franceses, se inflamaba instantáneamente, como el ampo de una nube herida por un rayo solar.

Parecia entonces que aquella dulce y espiritual fisonomía, medio arrobada por la expresion de su propio canto, parecia, decimos, que se hallaba rodeada de una ideal auréola de fuego.

No habia lujo ni elegancia en la sala de Piedad:

La jóven estaba distante, por cierto, de ser una *lionne*.

No era tampoco una beldad.

Pero era una muchachilla *espiritual* (y por cierto en todo sentido) y capaz de hacer creer al mundo entero que se moria, desde que empezó á ser jóven, de una ternura puramente *acéfala*, por decirlo así.

Una ternura que se refundia en el mundo del platonismo y de la idealidad, sin un objeto determinado, *específico*, á que referirse.

La verdad es que Piedad adoraba á su padre al través de todo.

O lo que, si se quiere, es mas exacto aún:

A todo al través de su padre.

Era, pues, aquella niña, *incasable* sin saberlo.

O por lo menos, sin apercibirse de que lo era.

Atentaba, pues, como mujer, á su parte de maldicion *paradisiaca*.

Contrariaba con todas sus fuerzas «su mision» en la vida.

Tendia visible y *atrevidamente*, aunque sin apercibirse de ello, á la transgresion de una ley natural, ya que no podia *tender* á su derogacion.

No hubiera querido incluirse en aquel concepto bíblico, que dice, de un modo sublime, pero genérico:

«Dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer.»

Si á Piedad le hubiesen dicho que solo se trataba del *hombre*, hablando ideológica y estrictamente, hubiera abdicado de su sexo por adorar tranquila á su padre.

Esto es santo, esto es sublime..... pero..... la hija no es incompatible con la esposa!

Antonio pensaba esto, veía en ello un inconveniente formidable como un muro de hierro.

Era toda una dificultad.

Las dificultades rodean á los objetos de cierta magia irresistible, y nada despierta por cierto tanto el deseo de la lucha, de la conquista, de la posesion en fin, como lo inabordable.

Es el sufrimiento que tiene de un lado un deseo, del otro un objeto, mas ó menos envuelto en la sombra de la duda, ó por lo menos en la penumbra de la dificultad.

Y esto basta para hacer de aquel objeto una *panacea*, capaz de curar sufrimientos de todo género.

La duda, en tal sentido, es un *dato* en favor del triunfo.

La dificultad es un elemento casi eficaz, casi determinante del resultado.

En amores y en política, los hombres de la época actual del siglo XIX, nos hacemos reos de asalto con escalamiento y fractura.

Esto es, cuando en amores hallamos cerradas las puertas, ó los muros demasiado elevados.....

Antonio se veía colocado en ese pasillo doble y de atmósfera crepuscular, que conduce á no sé cuál de estos extremos:

*Todo.*

*Nada.*

¿Hacia qué parte le llevaría D. Martin?

La duda y la fe suelen estar sujetas á muy particulares y determinadas intermitencias.

Ellas son mas frecuentes en los corazones y en los espíritus que no están completamente formados.

Por eso Antonio solía á veces ver á Piedad considerándola como un objeto raro y de indisputable valor, pero que era, á

juicio del enamorado jóven, indispensablemente preciso escalar montañas para ir á encontrar aquel objeto.

Otras ocasiones pasaba Antonio revista á sus dificultades, con el mismo aplomo con que la hubiera pasado el capitán Gulliver á los ejércitos armados de Lilliput.

Entonces se reía á carcajadas burlonas de sus dificultades, de sus temores, de sí mismo, y con el mejor humor exclamaba:

—Nos casaremos, nos casaremos sin duda!.....

Y despues de haber hecho una prolongada hipótesis de su felicidad, virtualmente cumplida é idealmente allanada;

Despues de seguir detalle por detalle y de supuesto en supuesto su vida futura de *casado*, se fatigaba de enlazar de un modo puramente imaginario todas las peripecias y alternativas de aquella vida presunta, y solía murmurar, ya suspirando ó ya sonriendo bajo la influencia de cierta intempestiva filosofía:

—*¿Qué mundo, Santo Dios, qué mundo este!*

Porque, en fin:

Seguia todo adelante, llegaban ambos á enamorarse como dos tórtolas:

Papaíto opondría tal vez su *veto*:

Antonio se constituiría en oposicion;

Saltaría de su alma una energía altamente subversiva.

Lograria convencer á Piedad de que era preciso iniciar una revolucion contra las resoluciones de D. Martin.

Contaría acaso, para tales circunstancias, con Piedad.

Triunfarian, en fin, pues todo era de suponerse!

Bien!..... y ¿despues?.....

¡Oh! ese *despues* ya era otra cosa que se necesitaba pensar mucho y muy detenidamente.

Ese *despues* llevaba invenciblemente de la mano á las cuestiones de la prosa, al asunto «presupuesto», á la vida *real*, á la materia del mundo.